



EL CORAZÓN Y LA CABEZA

I.

A vida del hombre tiene también su centro de gravedad.

Este centro, que ejerce sobre nosotros una atracción poderosa, es la mujer, y su fórmula precisa es el matrimonio.

El hombre cae en él por su propio peso.

Después de dar muchas vueltas alrededor de felicidades imaginarias, de placeres fugitivos, de dichas pasajeras; después de correr de un punto á otro con la agitada inquietud de los deseos nunca satisfechos; después de andar sin descanso por todas partes, no encontrando en ninguna satisfacción ni reposo, se detiene fatigado, medita profundamente, se da una gran palmada

:

en la frente, y se sienta; es decir, se entrega: más claro; se casa.

Hay un día en que tiramos una raya por debajo de nuestros veintinueve ó treinta años, para sumar las diversas cantidades de locuras, pasatiempos y extravíos que la juventud arroja casi siempre á nuestros ojos cuando se decide á separarse de nosotros para siempre.

Esta operación nos da, por lo común, una triste suma de ceros, una cantidad de tiempo perdido.

Después de tanta agitación, de tanta inquietud, de tanta ansiedad.... ¡Bah! Buscamos algo, y no encontramos nada. ¡Cuántas ilusiones desvanecidas! ¡Cuántos deseos disipados! ¡Cuántas esperanzas perdidas!....

Parece que despertamos de un sueño delicioso, en el que todo ha sido imaginario, ó que salimos de un espléndido teatro, en el cual todo ha sido mentira.

Nuestra sorpresa es igual á la que experimentaríamos un avaro al convencerse de que el tesoro guardado cuidadosamente en el fondo de su gaveta sólo se componía de monedas falsas.

El hombre es una planta, y hasta entonces no ha hecho más que cubrirse de hojas fugitivas que el viento se lleva, y de flores que el sol abrasa; de hojas que se caen y de flores que se agostan.

Entonces es cuando se detiene y piensa, lo que probablemente pensará el viajero extraviado al descubrir que el camino que lleva no conduce á ninguna parte.

Detrás de esta averiguación está el matrimonio; el que dobla la esquina de esa observación, inclina la cabeza ante la realidad de las cosas, tiende la mano para asirse á la última felicidad que la vida le ofrece, y, claro está, se casa.

Ahí nos esperan todas las mujeres; es el punto en que verdaderamente se unen las dos mitades del género humano.

Dicho esto, entremos en nuestro relato.

Rafael había cumplido ya veinticinco años, y Esteban se acercaba á los treinta.

Ambos se hallaban unidos por el lazo estrecho de una amistad íntima, que había nacido en la adolescencia, y había seguido inalterable en la juventud.

Se habían educado juntos, y la costumbre los había hecho inseparables.

Nada, sin embargo, más opuesto entre sí que estas dos naturalezas.

Se encontraban estrechamente unidos; pero, entiéndase bien, estrechamente unidos por el vínculo que une al anverso y al reverso de una medalla.

Habían llegado á ser como las dos partes de un todo, y, como los *Gemelos de Siam*, iban siempre

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Vol. 1625 MONTERREY, MEX.

juntos, aunque, como ya hemos dicho, no estaban unidos por el pecho, sino por la espalda.

Esteban todo lo calculaba, mientras que Rafael todo lo sentía.

Los extravíos del primero eran, digámoslo así, correctos, alineados; se notaba cierto orden severo en sus locuras; eran sus vicios razonables, y llevaba perfectamente reglamentadas sus malas costumbres. Era un calavera lleno de juicio.

En el juego procedía siempre con solemne formalidad, con admirable aplomo, con la seriedad de un geómetra que resuelve un problema.

Antes de poner su dinero á una carta, estudiaba atentamente los incidentes del juego, pensando con escrupulosa frialdad todas las probabilidades favorables ó adversas; calculaba los desvíos y las inclinaciones de la suerte. Antes de jugar, veía jugar mucho tiempo; parecía que esperaba la fortuna para sorprenderla, empeñado en darle reglas al azar y leyes fijas á la suerte. Siempre tenía su *martingala*.

Este hombre se reía, claro es, de la casualidad, y no hacía gran caso de la Providencia. El cálculo era la ley absoluta de su entendimiento y la regla constante de sus pensamientos.

No era muy diestro en el manejo de las armas, pero tampoco era impetuoso; y, en todo caso, poseía el secreto de estocadas que él llamaba *infalibles*.

En toda mujer veía un enigma, que inmediatamente se obstinaba en descifrar; las estudiaba mucho más que las quería, prefiriendo siempre las mujeres ricas á las mujeres hermosas.

Ya sabemos que Rafael era todo lo contrario: jugaba con delirio, se batía con arrogancia y amaba con locura. De la primera mujer que llenaba sus ojos hacía en el acto su felicidad presente, su felicidad futura y hasta su felicidad pasada; en la primera carta que se le ponía delante veía claramente su fortuna; en los lances que llaman de honor, no pensaba nunca ni en herir ni en matar: pensaba únicamente en batirse.

Todo lo que Esteban tenía de juicioso y ordenado, tenía Rafael de informal y de loco.

Esteban daba vueltas, muchas vueltas, antes de llegar al fin que apetecía, mientras Rafael se lanzaba como un rayo sobre el objeto de sus impacientes deseos.

Si se me permite, diré que había en el primero algo del astuto recelo del gato, y en el segundo mucho de la impetuosa ingenuidad del perro.

Ana Bolena, colocada entre estos dos hombres, hubiera encontrado colocación para ambos: á Esteban lo habría elegido para ministro, y á Rafael para favorito.

Cuando al primero le salía mal la cuenta de sus cálculos, fruncía el entrecejo, se atusaba muy suavemente su hermosa barba negra, y decía:

—¡Bah!.... He sido muy torpe.

Cuando el segundo conocía la injusticia de alguna de sus continuas ligerezas, se retorció impaciente las suaves guías de su rubio bigote, exclamando :

—¡Dios mío! ¡Soy un miserable!

Ambos gozaban de los favores de la buena sociedad, que los acogía y los mimaba : á Esteban, porque era temible; á Rafael, porque era adorable.

Aquí tiene el lector los rasgos más salientes de nuestros dos principales personajes.

Á Rafael, como Dios lo ha hecho; á Esteban, como Dios ha querido que lo haga la sociedad en que vive.

II.

Estos dos hombres se encontraron un día en la calle, á hora en que no tenían costumbre de verse ni de encontrarse, y, no obstante, por la dirección de uno y otro parecía que mutuamente se buscaban, pues ambos se reconocieron con expresión de agradable sorpresa.

Iban encontrados, como siempre, y, como siempre, cada uno se opuso al camino del otro. Los dos se detuvieron.

No era Rafael de los hombres que tienen el pensamiento pronto; pero en cambio su lengua se anticipaba á su pensamiento: hablaba sin pensar. Por eso, cuando incurría en lo que Esteban llamaba una inconveniencia, se excusaba diciendo :

—Tienes razón; lo hice sin pensarlo.

Se encontraron, pues, y Rafael, poniendo las manos sobre los hombros de su amigo, le preguntó :

—¿Dónde vas por aquí? ¡Ah! (prosiguió diciendo.) Ibas á buscarme: sin duda me necesitas....: por lo menos, algo tienes que decirme.

Esteban se valió de un gesto para evadir la pregunta, porque no entraba en su sistema mentir más que lo absolutamente necesario, y sin duda alguna no quería descubrir su pensamiento.

Tomó Rafael el gesto por respuesta, y añadió :

—Pues, mira, me alegro de encontrarte.... Imagínate que iba á tu casa....; porque.... tengo que hablarte de un asunto que me interesa mucho.

—Lo que tienes (dijo Esteban, mirándole fijamente) es cara de haber hecho algún desatino.

—No (le contestó); hasta ahora no he hecho más que pensarlo.

—¡Me asombras! (exclamó Esteban.) ¡Pensarlo! ¿Desde cuándo has caído tú en la manía de pensar?

—Hace muchos días que me suelo sorprender con una idea fija. Como lo oyes, fija, sin que me sea posible desecharla. ¿Te parece esto extraordinario?

—Veamos qué es lo que piensas.

—Prepárate como si fuese á estallar una bomba en tus oídos; agárrate á mí para no caer de espaldas; vas á oír una cosa inaudita. ¿Estás dispuesto?

—Habla (contestó Esteban); me tienes muy acostumbrado á tus desatinos.

—Este es el disparate del siglo.

—Lo creo.

—Oye.... Pienso....

—¿Qué?

—Pienso.... casarme.

—¡Casarte! (exclamó Esteban, verdaderamente sorprendido.) ¿Cómo diablos se te ha ocurrido semejante idea?

—En honor de la verdad (replicó Rafael), no se me ha ocurrido.

—¡Ya! Eso es otra cosa.

—La he soñado.

—¡Vamos! Entonces, es que estás durmiendo todavía.

Y sacudiéndolo con violencia, añadió:

—Despiértate, y hablaremos formalmente.

Rafael sufrió con paciencia el sacudimiento, y después, con una formalidad increíble, dijo:

—La he soñado. Verás: he debido soñar que la soledad es triste. ¿Me entiendes?

—Sigue.

—Que el mundo es un bello paisaje; pero en el que yo soy un pájaro solitario que vuela de una parte á otra, sin poder estarme quieto en ninguna: un pájaro sin nido. ¿Comprendes?... Ahora bien: cansado de dar vueltas en la cama, me desperté; me dolía todo el cuerpo, y comencé á recordar todas las angustiosas particularidades de mi sueño; y dando vueltas en la cama con la misma inquietud con que antes la había dado por las imaginarias soledades de mi sueño, de repente, sin saber cómo, así, de golpe, me encontré súbitamente sorprendido por la idea con que acabo de asombrarte, sin que yo pueda adivinar quién me la ha metido en la cabeza.

—Quiere decir (añadió Esteban), que será una idea como todas las tuyas: una idea pasajera, fugitiva, volátil.

—No, te aseguro que no; es cosa resuelta: me caso, aunque el mundo se hunda; porque yo no puedo vivir así más tiempo.

—¡Casarte! ¡Casarte! (repitió Esteban, con burlona sonrisa.) ¡Vamos! Tú no sabes lo que dices.

—Sin duda; porque eso mismo hago yo desde que se me ocurrió esta maldita idea, que llena

mi alma de las más dulces esperanzas. Como tú, levanto los ojos, abro la boca, me encojo de hombros, y exclamo: «¡Casarme! ¡Casarme!»

Frunció Esteban el entrecejo, como hombre que medita, y elevando el labio inferior sobre el superior, y moviendo la cabeza de un lado á otro con la lentitud reflexiva de la balanza que pesa el *pro* y el *contra*, dijo:

—¡Phs! Bien mirado, no está el mal en casarse, porque, al fin y al cabo, ese es el mundo.

—Pues entonces, ¿en qué está el mal?—preguntó Rafael con ingenua curiosidad.

—El mal está (le contestó su amigo) en que seas tú el que te cases.

—¿De forma (replicó Rafael, cruzándose de brazos), que si me empeño en ello, me veré en la necesidad de buscar á otro que se case por mí?....

—No debes empeñarte en semejante cosa.

—¿Por qué?

—Porque tú no debes casarte nunca. Sería una insigne locura.

—¡Oh! (exclamó Rafael.) Tú eres un hombre muy razonable; todo lo pesas y todo lo mides, y no creo que en esta ocasión me ocultes el *por qué* de tan estupendo juicio.

—La razón es muy sencilla (replicó Esteban). No debes casarte, porque te falta....

—¡Acaba!—gritó Rafael.

—Juicio.

—¡Magnífico! (exclamó.) ¡Yo soy un loco que no debe pensar en casarse, porque.... sería una locura! Ve tú aquí una cosa que no entiendo.

—El matrimonio (advirtió Esteban, arqueando las cejas), es un asunto muy serio.

—¡Demonio! Entonces, ¿cómo es una locura casarse?

—La locura consiste en que tú no sirves para el caso. Convéncete de ello.

—¿Estoy yo acaso de non en el mundo?

—Debes estarlo.

—¿Por qué razón?

—Porque tú no sabes elegir.

—¡Elegir!.... ¡Vaya una salida!.... Si la mujer con quien hemos de unirnos para toda la vida se eligiera, como se elige una tela, una joya ó un diputado, te aseguro que me encontraría á estas horas unido por los lazos indisolubles del matrimonio á la mitad por lo menos del género humano; porque, hablando formalmente, una con otra, todas las mujeres me gustan; pero ten entendido, calculador insensato, que la mujer que ha de cautivar nuestra voluntad y ha de llenar nuestra alma con las delicias de un amor perpetuo, no se elige, se encuentra.

Esteban echó las manos atrás, y soltó una carcajada, exclamando:

—¡Infeliz!.... Entreveo tu destino.... Y, des-

pués de todo, es lo más natural del mundo. Vas á seguir la suerte de todos los seductores. Por lo visto, no quieres perder la celebridad que te han proporcionado tus empresas amorosas, y vas á hacer un matrimonio ruidoso.... Vamos á ver: ¿qué has encontrado? Cuéntame esa novela.

—Maldito el efecto que me hacen tus palabras, porque ya sabes que mis disparates no ceden ante tus burlas. Tu alma es un cartabón, y tu pensamiento un compás. Hombre de hielo....: si tú la vieras, te derretirías como la nieve cuando el sol la ilumina.

—No necesito verla para imaginarla, y te aseguro que no me derrito. Una cara fresca, unos ojos hermosos, una voz dulce, un cuerpo lleno de gracia: juventud, belleza, pasión...., cuanto le es indispensable á una mujer como ella para atrapar á un hombre como tú. ¡Lástima fuera que la heroína de tu novela tuviera los ojos torcidos y la boca grande, ó la nariz larga! Claro está que ha de ser la misma Venus de Médicis. Fidias no la haría más perfecta. Convengo en ello; mas convengo también en que todas esas perfecciones se encuentran al volver de cada equina. Esa es la suma en bruto, de la que el tiempo, las enfermedades y los disgustos se encargan de ir restando uno á uno, ó dos á dos, todos sus encantos.

Rafael movió la cabeza con aire de resuelta

incredulidad, y su amigo continuó diciendo:

—¿No? ¿No te acomoda eso? Pues bien: supongamos que esa mujer que ha cautivado tu voluntad obtiene el singular privilegio de una juventud perpetua. Tú no querrás morir demasiado pronto, y tendrás que envejecer como cada hijo de vecino. Calcula, pues, cuál será tu suerte, si al cabo de unos cuantos años te ves marido sexagenario de una mujer joven y hermosa.

—Tus razonamientos (dijo Rafael) son concluyentes, pero no me convencen; y, no hay que darle vueltas: me caso.

—Pero ante todo sepamos qué mujer es esa que se te ha puesto entre ceja y ceja, á no ser que tu idea de matrimonio sea una idea abstracta.

—No, querido mío (replicó Rafael); es una idea concreta.

—¿Qué mujer es esa?

—No es mujer.

—¿Diablo! (exclamó Esteban.) Entonces, ¿con quién pretendes casarte?

—Con un ángel.

—¡Ya! Caído del cielo; eso es de cajón. Y dime: ¿ese ángel es por casualidad millonario?

—No; pero es un tesoro.

—Un tesoro sin un cuarto. Sigue, sigue.

—El tesoro es su alma.

—Esa clase de tesoros, inocente criatura, no tiene valor en la plaza. Yo supongo que será

capaz de las más nobles acciones; pero, ¿qué quieres?, el mundo es así, y esas acciones no se cotizan. Además, ¡su alma!... ¿Acaso tú la has visto?

—Sí.

—¿Cómo?

—Viéndola á ella.

—Sin duda (añadió Esteban sonriéndose) crees en la vulgaridad de que la cara es el espejo del alma. Mas, dime, si no es una mujer que has soñado, ¿dónde la has visto la primera vez? Supongo desde luego que este amor será de golpe y porrazo, caso repentino, como el de una apoplejía.

—La primera vez la vi de un modo muy particular.

—¡Hola!

—Y aun me parece que le sentí antes de verla.

—¡Ya lo creo! Tú vives viendo visiones. Además, ese es el orden en los amores de esta especie. La amabas antes de verla. ¡Vaya! Más que un encuentro, es una intuición, un golpe de genio.... ¡Ay, Rafael! Eres famoso.

—Hace tres meses me levanté una mañana con un humor de todos los demonios. Imagínate: la noche antes había perdido sesenta mil duros.

—¡Sesenta mil duros! (exclamó Esteban asombrado.) ¡Tú no has tenido nunca esa suma!

—Es verdad; pero he podido tenerla.

—¿Jugaste sobre tu palabra?

—No.

—¿Entonces?

—Tú dices que cuando se juegan diez mil reales y se pierden, no se pierden solamente diez mil reales, sino todo lo que con ellos hubiera podido ganarse. Calcula tú si con esos quinientos duros no habría podido ganar sesenta mil.

—Exacto.

—Salí de mi casa agobiado por el peso de la cantidad que había perdido. Y, entre paréntesis, explícame tú cómo pesa tanto en el alma el dinero que no se lleva en el bolsillo. Crucé una calle, y luego otra, y luego otra, y, sin saber cómo, me encontré en la *Plaza de Oriente*. Fíjate bien en estos pormenores. Una vez allí, tuve intención de huir de Madrid, yendo á perderme en los solitarios paseos del *Campo del Moro*. De todas maneras, estaba perdido. Mas no sé por qué varié de propósito: quizá porque me era indiferente acabar de perderme. Ello es que le volví la espalda á la *Cuesta de la Vega*: la *calle Mayor* se me puso delante, y entré en ella....

Esteban le interrumpió, diciendo:

—No sé dónde vas á parar con tanto rodeo, pues presumo que cuanto acabas de referirme es completamente inútil. Para encontrarse en Madrid con una mujer hermosa, esto es, con un ángel caído, no se necesita dar tanta vuelta.

—Se necesita (contestó Rafael). Sin esa vuelta, probablemente no la hubiera encontrado. Entré en la *calle Mayor*, y maquinalmente me detuve delante de la puerta de Nuestra Señora de la Almudena.

—¡Soberbio! (exclamó Esteban.) Aún no habías tropezado con tu futura, y ya estabas en la puerta de la iglesia.

—Justo.

—Vamos: continúa, continúa.

—Me detuve delante de la puerta de Nuestra Señora de la Almudena, porque vi en el primer escalón de piedra que hay que subir para entrar en el templo, una niña de siete á ocho años, llorando amargamente, cubriéndose el rostro con las manos, como si quisiera detener el diluvio de lágrimas que salía de sus ojos. Me acerqué á aquella criatura, y quise enterarme del motivo de su pena, y, entre amargos sollozos que entrecortaban su voz, me contó que había perdido la friolera de siete pesetas, que era el jornal de la semana que la pobre niña ganaba no sé en qué taller, y que las había cobrado ella porque su madre estaba enferma. Algunos curiosos se habían acercado, y cada uno pensaba del caso lo que tenía por conveniente. Unos culpaban á la madre, sin duda porque estaba enferma; otros culpaban á la niña, tal vez porque no tenía veinte años, como si siete pesetas no pudiera

perderlas cualquiera al volver de una esquina. Figúrate: había yo perdido quinientos duros la noche anterior al volver una carta. No faltó, en fin, quien, murmurando á mi espalda, dijo: «¡Farsa, pura farsa!»

—Ese estaba en lo cierto,—añadió Esteban.

—Pues, mira; al oírlo tuve intenciones de taparle la boca con la mano; pero detuve el botón que me bullía en los dedos, y eché mano al bolsillo, y como quien aboca un cántaro, lo vacié en la falda del vestido de la niña, que se deshacía en lágrimas. Era una provocación á la que nadie contestó, y el hombre de la *farsa* tomó el prudente partido de coserse la boca. En este momento fué cuando vi aparecer ante mis ojos la figura más bella que he visto en mi vida.

—¡Ya pareció aquello!—exclamó Esteban.

—Imagínate (siguió diciendo Rafael) una falda negra y un manto con velo, falda encantadora y velo delicioso...

—Espérate (añadió Esteban, interrumpiéndole, como quien se siente acometido por una idea repentina). Entreveo una aventura famosa; pero estoy en ayunas. Tú, héroe de la presente novela, no creo que hayas tenido el mal gusto de almorzar, teniendo el alma llena de deliciosas ilusiones; de manera que te convidó á que presencias cómo este hombre de hielo almuerza en el primer café que topemos al paso. Mientras yo

engullo, tú hablas. ¿Qué te parece?... Sospecho que me vas á dar un sentimiento, y los duelos con pan son menos.

—Acepto,—contestó Rafael.

Y cogiéndose del brazo los dos amigos, se dirigieron al primer café que les saliera al encuentro.

III.

Se había engañado Esteban esta vez, como solía engañarse muchas veces, porque instalados en el primer café que encontraron al paso, el enamorado Rafael tomó una parte bastante activa en el almuerzo.

—Veo (dijo su amigo) que eres un enamorado vulgar, que sueña con una basquiña negra y un manto con velo, y sin embargo almuerza con excelente apetito solomillo de vaca..., ¡qué vulgaridad!, con patatas.

Rafael no pudo contestar, porque tenía la boca llena; y para desembarazarse del obstáculo que le impedía el uso expedito de la lengua, tuvo que apelar á un prolongado sorbo de Valdepeñas. Entonces se apresuró á decir:

—Sea lo que tú quieras; pero detrás del velo de ese manto de que tú te burlas, brillaron para

mí, primero una mirada, y después una sonrisa que no olvidaré nunca, pues estoy seguro de que las recordaré hasta después de muerto.

—¡Una mirada y una sonrisa! (exclamó Esteban.) ¿Eso es todo lo que has visto?

—Eso.

—No es mucho, y, sin embargo, es bastante.

—¡Ya lo creo!—añadió Rafael, saboreando á la vez el solomillo de vaca y el recuerdo de la mirada y de la sonrisa.

—Una mirada y una sonrisa que te dirían á quemarropa: «Yo te adoro».

—No.

—¿Pues qué te dijeron?

—Aquellos ojos me miraron con tierno agradecimiento, y aquella boca me ofreció en una muda sonrisa las más expresivas gracias.

—¡Gracias! ¿Por qué?

—Por lo que había hecho con la niña.

—¡Ya!

—¿Te vas enterando?

—¿Acaso la niña era su hija?

—Para los corazones nobles (dijo Rafael con cierto énfasis), todos los desvalidos son hijos.

—¿Y bien?

—Alzó el velo que cubría su rostro, bajó la escalinata de piedra, pues salía de la iglesia, se acercó á la niña, enjugó sus lágrimas, y asíén-

dola de la mano, se la llevó, llevándose también mi alma.

—Pero ¿qué demonios tenía ella que ver con esa chiquilla?

—Ya te lo he dicho; tenía que ver mucho: la unía á ella el vínculo estrecho que une á la generosidad con la desgracia.

—¡Oh, qué sensible!

—Mucho. Ahí tienes un perfil de su alma.

—Muy bien; pero, mira, Rafael; las mujeres sensibles son las que suelen dar más sentimientos.

Rafael hizo un gesto de desdén á las palabras de su amigo, y siguió diciendo:

—Yo las seguí á una discreta distancia, hasta que las vi entrar en una casa de modesta apariencia. Esperé algunos minutos, y después la portera me enteró de todo lo que yo quería saber. La niña vive con su madre en una buhardilla, y *ella* en el cuarto cuarto con su abuela, anciana imposibilitada, á quien la nieta cuida con cariñoso esmero.

—¿Y sale sola?

—Sí: no sale más que á misa.

—¡Ay, Rafael! ¿Te has enamorado de una beata? En ese caso, tendrás que hacer confesión general, y tendrás que echarle flores con el rosario en la mano.... ¡Harás un sacristán admirable!

—Bueno: tus burlas me entran por un oído y me salen por otro.... Tú no crees en nada más que en tus cálculos, y yo creo en todo....

—Tú eres un niño (contestó Esteban), y yo soy un hombre; por consiguiente, todo eso que me estás contando no es más que una niñería.

—Será; pero hace tres meses que me son indiferentes todas las mujeres, insulsas todas las conversaciones; me fastidia jugar, me canso en el teatro, el gran mundo me marea. Ayer vi á Enriqueta, é hice como que no la veía. Matilde me invitó á comer en su espléndida mesa, y enfermo siempre que me invita. ¿Qué es esto?

—Nada,—contestó Esteban.

—Nada (replicó Rafael); y al día siguiente fui á Santa María de la Almudena á la misma hora, y la vi; y al día siguiente hice lo mismo, y todos los días lo hago desde entonces. Nada; y la devoción y el recogimiento con que la veo en la iglesia me infunden un respeto tal, que oigo la misa de rodillas y rezo sin poder contenerme. Nada; y su tristeza me llena el corazón de luto. ¡Oh! Detesto á las mujeres alegres. ¿Te ríes? Pues escucha: no la veo solamente en la iglesia; he conseguido penetrar en su casa...., la visito, y.... me ama.

—¡Me asombras! (exclamó Esteban.) ¡Te ama!.... Eso es formidable. Y ¿cómo has conseguido llegar al colmo de tan estupenda dicha?

—La madre de la niña á quien yo socorrí en la puerta de Santa María de la Almudena, se puso de mi parte.

—¿Sí, eh?

—Mira tú qué combinación tan providencial.

—¡Providencial!.... (dijo Esteban, golpeando una con otra las palmas de las manos para llamar al mozo del café que servía el almuerzo.) Eso es estupendo.

—Providencial (repitió Rafael): providencial; pues, por más que te mofes de la Providencia, no por eso deja de existir.

—Corriente. Cree en la Providencia; pero veamos la combinación.

—Imagínate (siguió diciendo Rafael) que soy individuo de la Sociedad de San Vicente de Paul.

Al oír estas palabras, dió Esteban un salto sobre su asiento, y juntando las manos, exclamó con acento desolado:

—¡Desgraciado!.... ¿También á ti te han metido en eso?

—También; y bendigo la hora en que tuve tan feliz pensamiento. Hacía un mes que no sabía más camino que el de Santa María de la Almudena, cuando me hice *Paul*, y entre los pobres que debía visitar y socorrer con los *bonos* de la Sociedad, estaba la madre, aún enferma, de la niña que yo había socorrido. ¿Te enteras?

—Sí; me entero. Sospecho que eres víctima de alguna intriga tenebrosa. Esa mujer te ha servido de medio de comunicación entre la buhardilla y el cuarto cuarto: lo demás se alcanza fácilmente, y creo que no habrás tenido que forzar ninguna puerta ni violentar ninguna cerradura. Eres un libertino muy temible. ¡Tomar por asalto las buhardillas, y entrar á sangre y fuego en los cuartos cuartos!

—Ni más, ni menos.

—¡Café y cigarros!—gritó Esteban al mozo que se acercaba.

Rafael dijo:

—En vista de todo esto, he resuelto casarme.

—Pero, ¿sabes tú quién es esa mujer?

—Sí; un ángel.

—Lo mismo te pareció Enriqueta.

—¡Bah!

—Lo mismo decías de Matilde.

—¡Oh!

—Lo mismo pensabas de Julia.

—Imposible.

—Hablemos formalmente: si queda en tu cabeza un resto de juicio, reflexiona un momento; y si reflexionas, si eres capaz de semejante esfuerzo, te reirás de ti mismo, le volverás la espalda á Santa María de la Almudena, para no acordarte más de su nombre, y te apartarás del borde del precipicio en que te encuentras. Entre-

tanto, voy á darte un consejo. Guarda el secreto de tu aventura bajo siete estados de tierra; que no lo trasluzcan los amigos; que no corra por Madrid, porque, si se extiende el caso, te silbarán sin remedio. Tus locuras se han hecho célebres, y nadie te perdonará una tontería. Eres *Paul*, oyes misa todos los días, y estás enamorado: esto basta para ser la fábula de las gentes; pero añade que el objeto de tu enamoramiento es una falda negra y un manto con velo: no se puede pedir más. ¿Con qué cara te vas á presentar en público?... Eso puede hacerlo una persona insignificante, de esas que pasan por el mundo como sombras, que no tienen, en resumen, nada que perder, porque nadie repara en ellas; pero tú te expones á perderlo todo, á sufrir la rechifla del siglo. ¡Ya se ve! han creído que debes casarte por lo menos con una princesa, y ¡pobre de ti si llega á atraparte ese ángel con falda negra y manto con velo que habita en las altas regiones de un cuarto piso!

—Por frías que sean tus palabras (replicó Rafael, enfriando el café que humeaba en la taza), no conseguirás helar mi propósito; antes por el contrario, mi sangre se enardece ante la perspectiva de una lucha con el mundo, y me envanece la idea de encontrarme frente á frente de tan formidable enemigo. Te aseguro que, después de oírte, mi resolución es más irrevocable.

—¡Ven acá, infeliz! ¿Sabes tú qué mujer es esa? ¿Estás seguro de que te ama? Y, sobre todo, ¿has de ser tan mentecato que creas que eres tú el primero que recoge las primicias de su corazón, y que vas á ser el único? No hagas gestos, ni memires con ojos de Júpiter irritado. Convento en que es hermosa, en que es un prodigio de belleza, en que reúne todos los encantos con que las mujeres listas suelen alucinar á los hombres tontos; pero ¿no ves que es más pobre que las ratas?

—Sí (contestó Rafael); es pobre, tan pobre, que vive de la labor de sus manos; no posee otras rentas.

—¡Una costurera!—exclamó Esteban.

—No; es florista.

—Llámale *bache*: es un género sospechoso, que abunda mucho. Conquista de estudiante ramplón, de artesano calavera, ó de músico de *murga*: ni como mero pasatiempo, ni como puro capricho es digna de ti.

—Hablas como un libro, alma de mármol, y, no obstante, todavía no has tropezado con la verdadera dificultad.

—¿Tiene aún más dificultades el caso?

—Tiene una, una sola, en la cual pudiera estrellarse mi propósito de casarme con esa bella criatura. Tu estúpida perspicacia te ha hecho traición en este asunto.

— Veamos esa dificultad que se ha escapado á mi penetración.

— Esta es bien sencilla por cierto: que ella no quiere casarse conmigo.

— ¡Que ella no quiere! (exclamó Esteban, llevándose las manos á la cabeza.) ¡Desdichado! Esa es una cosa que quieren todas las mujeres.

— Me alegro (añadió Rafael), porque así querrá.

— Á tu gusto; y por lo que á mí hace, te abandono á tu suerte, y desde ahora me lavo las manos, vista la imposibilidad de encontrar razones que tengan la especial virtud de convencer á una pared maestra. Y para que veas tú lo que son las cosas: coincidimos precisamente en el punto en que nos hallamos más lejos uno de otro; yo también he pensado casarme.

— ¡Tú!—gritó Rafael lleno de asombro.

— Yo (contestó su amigo). Es un asunto al cual le estoy dando vueltas hace un año.

— Pero ¿te has enamorado?

— No; entonces no pensaría en casarme.

— ¡Oh! Eres absurdo.

— Á ti te lo parece, que tienes el entendimiento del revés. Casarse enamorado, es casarse á ciegas; es casarse con una venda en los ojos. Eso sería estúpido; ya no lo hace nadie. Hace un año que estudio todas las circunstancias de la mujer que pienso elegir, y creo que he llegado ya á

completar mis observaciones; no me falta más que un dato para reunir en un total exacto todo lo que yo necesito. Así es cómo se hacen estas cosas.

— Y dime, Esteban: ¿esa mujer te quiere?

— ¡Psh!.... Le acomodo, y basta. Para marido sirve cualquiera. Ella busca uno, y he aquí que se encuentra conmigo. Es demasiado juiciosa para incurrir en esos enamoramientos locos que no tienen pies ni cabeza.

— Esteban: ¿te vas á casar con una vieja?

— No; es joven.

— ¿Es fea?

— Regular.... No es tu Venus de Médicis. Fíjate tendría bastante que corregir en ella; pero como yo no la quiero para un museo, me importa muy poco que no merezca la admiración que se tributa á las estatuas de los grandes maestros.

— Por supuesto, ¿será muy rica?

— No pasa en el mundo por tal cosa, y esa circunstancia me es sumamente agradable, pues me ahorra el fastidio de tener rivales.

— ¿Es un secreto?

— No.... He puesto, digámoslo así, mis ojos en la sobrina del General ***.

— Esa (dijo Rafael) ha tenido muchos pretendientes.

— Muchos (añadió Esteban), cuando creyeron

que su buen tío era millonario; pero ya se han convencido de que el General no tiene más que su paga, y ya no les ha parecido tan blanca la mano de la sobrina.

—¿Y tú piensas casarte con ella?

—Sí; es la mujer que me conviene. No es conveniente entrar á formar parte de una familia sin conocerla á fondo. Y necesito yo acabar de comprender el carácter del General, viejo solterón, gran calavera en su tiempo, y que es el jefe de la familia; quiere mucho á su hermana. esto es, á mi futura suegra; cosa bien natural, pues la pobre enviudó, y no tiene más amparo que el de su hermano. Pero este hermano es para mí un enigma, y, mientras no lo descifre, no me decido. Yo lo trato con alguna intimidad, y me parece que ya estoy en la pista de su secreto.

—¿Qué secreto?—preguntó Rafael.

—¡Toma!... El secreto de su carácter. ¿Te parece poco? En el fondo es un buen hombre, quiere mucho á su sobrina, que es única....

—¿Y á ti qué te importa el carácter del tío?....

—Eres un pobre diablo (le contestó Esteban). Me importa mucho.

Había terminado el almuerzo, y ambos fumaban, lanzando al aire soberbias bocanadas de humo azul y perfumado.

Esteban llamó al mozo, y le pidió la cuenta,

al mismo tiempo que Rafael echaba mano al bolsillo, decidido á pagarla.

—Espera (le dijo su amigo). Aunque el amor no te ha quitado el apetito, este almuerzo me toca á mí pagarlo; pero te ofrezco el desquite.

—¿Cómo?—preguntó Rafael.

—Los dos vamos á casarnos (contestó Esteban). Pues bien: apostemos un almuerzo.

—¿Á qué?—volvió á preguntar.

—¿Á qué?... En contra de tu matrimonio, y en favor del mío. Ahí tienes la ocasión segura de darme un almuerzo opíparo.

—Convenido; mas si tú pierdes....

—Si pierdo (se apresuró á decir Esteban con la sonrisa en los labios), el almuerzo será espléndido.

—Está hecha la apuesta.

—Está hecha.

Los dos amigos se pusieron de pie, y salieron juntos.

IV.

Muchas veces habréis observado el efecto que produce una piedra al caer sobre la tranquila superficie que presenta el agua sosegada de un estanque, y habréis seguido con atenta mirada y